

MI HILO ROJO

Me gusta el silencio. Y a veces le digo que se calle. Pero Leo no me hace caso. Sigue parloteando. Es muy charlatán a pesar de no tener más de dos años.

Me mataste.

Lo sé, Leo, lo sé. Intento tranquilizarlo. No le puedo decir nada, siempre me echa en cara lo de...

¡Ah! ¿Te he dicho que me llamo Amel? Mel, sí, me llamo Mel. Es gracioso, porque rima con papel. El papel es blanco, o sepia si es reciclado. Y mi habitación es blanca, o sepia si la miras con los ojos entrecerrados.

Miro mi habitación de muchas maneras. De pie y sentada, boca arriba y boca abajo. La miro incluso con los ojos cerrados. Tengo tiempo de sobra; y Leo también, aunque le gusta hacerse el interesante diciendo que tiene una agenda muy apretada. Es mentira. Total, se pasa todo el día hablando conmigo. Es muy pesado. Todo el día protestando por lo de...

¿Qué haces?

¡Otra vez no!

Nada Leo.

No hables de mí. Me mataste. Te los darán otra vez. No me gustan. No me dejan hablar. Me duermen. ¡No quiero dormir!

Shhh...

Leo grita en mi mente. Lo hace cada vez que pienso en lo de...

No le gustan los “tranquilizantes”. Lo relajan. A mí me deja tranquila durante unas horas, pero cuando vuelve; cuando vuelve está hecho una fiera.

Es extraño. No me deja pensar en... pero siempre está recordándome su muerte. ¡Qué pesadez de crío! Supongo que así son todos los hermanos pequeños.

Mi cuarto es una gran cama. Es suave, blando y calentito. Suelo llevar ropa blanca y cómoda la mayor parte del tiempo. Cuando Leo me grita y me pongo nerviosa, sé que es hora de dormir. Me arrojan los “tranquilizantes”. También me ponen el pijama. Es algo incómodo, pero bonito. Tiene las mangas larguísimas y se envuelven a mi alrededor. Es un vestido de esos con los que no puedes mover los brazos. Así no puedo jugar con mi hilo. Pero no importa. Leo odia ese hilo. Dice que tenerlo es muy infantil por mi parte. Pero sé que hay algo detrás. Tal vez lo de...

¡Ouch! Leo pega alaridos en mi cabeza. Se está poniendo realmente nervioso.

¡Ya está! ¡Para! ¡Cállate un poquito!, le grito.

Y Leo se vuelve loco. Y yo también. Y vienen los “tranquilizantes”. Y a dormir.

Despierto con la ropa especial. Ese incómodo camisón. Leo sigue durmiendo. Tardará un poco más en volver. Buen momento para decir que maté a mi hermano. Él no me deja decirlo. No me deja pensarlo. No me deja. ¿Por qué? Yo quiero decirlo. Quiero gritarlo. Y no me deja, No, no, no...

Y por eso no nos llevamos muy bien.

¿Qué por qué lo maté? Te lo contaría, pero...

¡No habrás sido capaz! ¡Oh...sí que lo has hecho! ¡Nunca lo confíes! ¡Pensarán que estás loca!

Ese día los “tranquilizantes” vienen temprano.

Me gusta el rojo. El rojo de mi túnica de graduación de preescolar. El rojo del hilo que se soltó de ella. Ese hilito del que mi hermano tiraba constantemente, haciéndolo más y más largo. Y el rojo de su cara que se volvió azul.

Mis manos se aferraron a su cuello, cuando dejó de respirar, corté el hilo. Me lo puse en la muñeca. Quedó muy bonito. Leo nunca más tiró de él.

Al entrar al psiquiátrico me dejaron conservarlo; siempre y cuando me portara bien.. Siempre y cuando mantuviese a Leo a raya.

A veces es difícil, pero los “tranquilizantes” me ayudan. Nunca han intentado quitármelo.

Ahora no puedo jugar con él. Sigo llevando el pijama. Entonces decido llamar a Leo.

“¿Leo?”

No obtengo respuesta.

“¡Leonard Esquizofrenia!, le llamo.

Yo soy Amelia Rutter. Pero él o es Leonard Rutter. Es Leonard Esquizofrenia. Así lo llamaban los médicos.

Entonces me responde.

¿Qué quieres Mel? Sigo muy enfadado contigo.

Quiero salir de aquí, digo de sopetón.

Ya, claro, tú y todos.

Yo voy a salir, y sé cómo.

¿Sí? Venga, cuenta.

Espera, todavía es pronto. Sólo quiero que hagas una cosa. Quédate quieto. No me hables hasta que yo te lo diga. Si me haces caso, muy pronto estaremos fuera. ¿Lo harás?

Vale, lo prometo.

Y se va. Entonces empiezo con mi magnífico plan. Sentarme a esperar que ocurra algo. O, mejor dicho, que no ocurra nada. Que no vngan los “tranquilizantes”.

Si estoy tranquila durante un tiempo, me quitan el pijama y me ponen ropa cómoda. Y si después de eso, sigo bien, puede que se cumpla la promesa que hizo la doctora: pórtate bien. No hables más con Leo. Se ha ido. Si me haces caso, volverás pronto a casa.

Han pasado ya diez años y aún sigo aquí. Es por culpa de mi hermano, me grita en los momentos más inoportunos.

Según lo planeado, poco a poco, las cosas empiezan a cambiar.

Leo sigue manteniendo su promesa de permanecer callado.

Los “tranquilizantes” no me visitan desde hace un tiempo. Además, con el uniforme normal, los “tranquilizantes” no me visitan hace tiempo.

Y sigo esperando. Y sigo sentada. Y sigo calmada. Leo también. Todo es muy idílico. Los “tranquilizantes” deben haberse dado cuenta.

Lo hacen.

Una mañana se abre la puerta de mi blandita habitación, mientras estoy consciente. Y, por fin, los veo. Me decepcionan, son personas normales y corrientes con batas blancas. Llevan jeringuillas. Me miran sonrientes.

-¿Qué tal Amelia? Me pregunta la “tranquilizante” más baja. Puedes estar contenta, vas a salir.

No recuerdo la última vez que hablé con una persona real.

Murmuro: -Ya era hora-

El segundo me mira.

-¿Has dicho algo?

-Nada, respondo feliz. Me levanto de un salto.

Todos se tensan y e apuntan con sus jeringallas. Levanto las manos, como recuerdo haber visto en alguna película. Me agarran los brazos, me sacan de la habitación. La puerta da a un pasillo largo y gris. Giro la cabeza y alcanzo a ver el letrero que nombraba la estancia en la que he vivido.

Amelia Rutter.

Esquizofrenia

Nº236

¡Vaya! Después de todo, yo también era una “Esquizofrenia”, como Leo. ¡Leo! Me tengo que despedir de él.

“¡Eh, Leo!”

¿Sales? ¿Ya sales? ¿Salimos?

No. Yo salgo, tú te quedas. Te maté. Lo recuerdo. Lo digo. Está superado.

Llevo la mano a mi muñeca, arranco de cuajo el hilo rojo. Lentamente cae al suelo.

Ya nada te ata a mí, Leo. Lo siento. Te quiero. Adios.

Despacio, mi conciencia se libera. Avanzo a rastras, pero él se queda atrás. A partir de hoy, nada será lo mismo. Cuando los “tranquilizantes” me suelten comenzaré una nueva vida. A lo mejor algo incómoda. Espero que bonita. Tendré una agenda muy apretada ahora.

En honor a LEO.

María Romero Fernández. 3º ESO